

LOS GUARDIANES EN
LA CIUDAD DE LAS
MENTIRAS



LIAN
TANNER



LOS GUARDIANES EN
LA CIUDAD DE LAS
MENTIRAS



LIAN
TANNER

Traducción de Jaime Valero Martínez

ANAYA

Título original: *The Keepers. City of Lies*

1.ª edición: enero de 2017

© Del texto: Lian Tanner, 2011
Publicado por primera vez en Australia por Allen & Unwin, 2011
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2017
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta e ilustración de Xavier Bonet

ISBN: 978-84-698-3387-2
Depósito legal: M-38147-2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE



Un mensaje del museo	13
Los secuestradores de niños	19
Rumbo a los muelles	27
El regreso de un traidor	31
El Lechón	41
Brinco	51
Goldie Nadie	57
El director de orquesta	69
El Museo de Coz	81
El niño del pelo blanco	93
Un gran peligro	101
El mensaje de Flemo	109
El festival de las mentiras	125
Localizados	137
Una pluma negra	141
Los asuntos de Cilicio	151
El rescate	161
La predicción	169
Pelleja	179

Atrapados	191
¡Cuánta agua!	201
En el último momento, una dama de alta alcurnia	211
A los niños les ha ocurrido algo... ..	219
La princesa guerrera	225
Un día y una noche	241
Los cazadores	261
El criadero de tiburones	279
La quinta guardiana	299

*Para mis hermanos,
Robert, Nigel y Michael Tanner,
con cariño*

EL MUSEO DE COZ

Historia oculta

La leyenda de Frisia, la princesa heredera de Merne, es bastante singular. Hubo un tiempo en que la gente la consideraba un cuento de hadas. Pero hoy en día se ha vuelto muy famosa, ya que jugó un papel decisivo en la vida de Goldie Roth, la quinta guardiana del Museo de Coz.

Frisia era una princesa guerrera, diestra con el arco y con la espada, y una líder innata. Le tocó vivir en un lugar que, en aquella época, era uno de los más peligrosos del mundo: la corte real de Merne.

En aquellos tiempos, la corte estaba repleta de intrigas y maquinaciones. Detrás de la mayoría de ellas se encontraba la doctora del rey, una mujer ambiciosa que trabajaba en secreto para Graf von Nagel, el señor de la guerra insurrecto. Esta doctora, con el apoyo de los miembros de la guardia real, intentó asesinar en varias ocasiones a Frisia y a su padre, el rey.

Frisia sobrevivió a todas estas maquinaciones y lideró un pequeño ejército contra Von Nagel y sus seguido-

res. El resultado de la batalla nunca quedó esclarecido. Hay quien afirma que Von Nagel fue derrotado y murió a manos de Frisia, que le atravesó el corazón con su espada. Otros dicen que la que murió fue la princesa, y que su cuerpo se lo llevaron las fieras del campo, que se habían sublevado para combatir a su lado.

Nadie sabe qué fue de la doctora.

UN MENSAJE DEL MUSEO



El grito despertó a Goldie Roth de un sueño profundo. Se incorporó de inmediato, creyendo por un instante que los horribles acontecimientos de hace seis meses se estaban repitiendo, cuando Alhaja se encontraba al borde de la invasión y su amigo Flemo estuvo a punto de ser asesinado ante sus propios ojos.

Entonces oyó los susurros de su madre en el cuarto de al lado y comprendió que su padre acababa de tener otra pesadilla. Se levantó de la cama, se envolvió en una bata y corrió hacia la habitación de sus padres.

—¿Papá? —dijo—. ¿Estás bien?

Su padre le sonrió débilmente desde la maraña de sábanas en la que estaba envuelto.

—Siento haberte despertado, cielo —murmuró.

—Tu padre ha tenido un mal sueño —dijo su madre—. Pero ya pasó. —Ella también sonrió, aunque se le habían blanqueado los nudillos y le temblaban los dedos.

A Goldie se le partió el corazón al ver cómo intentaban aparentar que no pasaba nada. Recolocó las sábanas y arropó a su padre. Ojalá pudiera hacer algo más por él.

—¿Estabas soñando otra vez con la Casa del Remordimiento? —le preguntó.

Su padre hizo una mueca. Cruzó con su esposa una mirada cargada de angustia y tristeza.

Habían pasado poco más de diez meses desde que los dos fueron encerrados en las mazmorras de la Casa del Remordimiento. Jamás le contaron a Goldie lo que les ocurrió allí, pero las secuelas que les quedaron eran evidentes.

Su padre tenía unas pesadillas espantosas. Su madre tosía con tanta fuerza que a veces parecía estar a punto de ahogarse. Los dos estaban muy flacos, e incluso ahora, pese al tiempo que había transcurrido desde su liberación, tenían cara de cansancio a todas horas, como si algo los estuviera consumiendo por dentro.

A Goldie le encantaría hablar de ello, pero sus padres nunca le daban oportunidad de hacerlo. Se limitaban a suspirar y a cambiar el tema de conversación.

—Ho... hoy has recibido un mensaje, cielo —dijo su padre, mientras se incorporaba a duras penas—. ¿Dónde lo habré dejado? Era del Museo de Coz.

Esta vez fue Goldie la que hizo una mueca, aunque lo disimuló tan bien que su padre no se dio cuenta. La embargaron los recuerdos: Flemo, con el cuerpo cubierto de barro, dándose la vuelta hacia ella y riendo. El tacto de una cálida lengua canina sobre la cara, y una voz grave que bramaba: «Eres tan valiente como un iracán...».

No sin esfuerzo, Goldie salió de su ensoñación. Su padre estaba intentando alcanzar un trozo de papel que había en la mesilla de noche.

—Aquí está. —Arrugó la frente—. Es de Herro Dan y Olga Ciavolga. ¡Al parecer quieren que seas la quinta guardiana del museo!

«La quinta guardiana del Museo de Coz...». Goldie sintió un arrebato de nostalgia tan repentino y tan intenso que se le entrecortó el aliento. No dijo nada, pero su padre debió de percibir en su rostro algún eco de esa emoción.

—¿Quieres... quieres ser la quinta guardiana, cielo? Porque...

—Porque si es así —le interrumpió la madre—, nosotros te apoyaremos.

—¡Claro que te apoyaremos!

—Pero es que...

—Es que es una responsabilidad muy grande —dijo su padre—. Nos preocupa que no estés preparada.

—Y además... —añadió su madre, agarrándole la mano a Goldie—, además tendrías que pasar mucho tiempo fuera de casa.

Empezó a toser. Goldie le dio unas palmaditas en la espalda e intentó dejar de pensar en el Museo de Coz, y en las ganas —unas ganas tremendas— que tenía de convertirse en la quinta guardiana.

—Sin embargo —añadió su padre, mordiéndose el labio—, es posible que Herro Dan y Olga Ciavolga necesiten tu ayuda con urgencia. En cuyo caso...

—En cuyo caso, no deberías dudar —dijo su madre. Intentó soltarle la mano a Goldie, pero no fue capaz—. Tu padre y yo hemos estado hablando de ello.

—Así es —coincidió su padre—. Y los dos estamos de acuerdo. ¡Si te necesitan, debes acudir a su llamada!

Goldie estaba a punto de llorar. Sus padres estaban haciendo un gran esfuerzo para ser justos con ella, pero era evidente que no les gustaba nada la idea de que su hija se ausentara de casa, aunque fuera poco tiempo. Así que, desterrando de su mente la nostalgia, dijo:

—En realidad no les hago falta. Cuentan con la ayuda de Sinew y Flemo.

Su padre frunció el ceño, deseando creer las palabras de su hija.

—¿Estás segura?

—Si decides quedarte en casa, no lo harás por nosotros, ¿verdad? —preguntó su madre, que seguía sin soltarle la mano—. No debes hacer eso. Queremos que seas feliz.

«Una cálida lengua canina sobre su cara...».

Goldie sonrió.

—Y soy feliz —afirmó. Y como estaba acostumbrada a mentir, pareció que lo decía de verdad.



Goldie se quedó haciendo compañía a sus padres hasta que volvieron a quedarse dormidos. Después salió de puntillas de la habitación, se puso el blusón, las medias de lana y la chaqueta, y salió por la puerta principal.

En el fondo, diez meses no eran tanto tiempo. Pero a Goldie, mientras corría por el silencioso barrio antiguo hacia la casa de Flemo, le parecieron una eternidad. Hace

diez meses estaba sujeta a una cadena de custodia plateada que la mantenía unida a sus padres o a uno de los tutores sagrados. No podía ir sola a ninguna parte, y estaba prácticamente tan indefensa como un recién nacido.

Pero entonces se escapó y se refugió en el Museo de Coz. Y durante los meses que pasó allí, maduró. Más aún, se convirtió en una ladrona excelente y en una mentirosa sin igual. Aprendió los tres métodos del mimetismo y el canto primigenio, y a actuar con una valentía inquebrantable, incluso cuando estaba muerta de miedo.

Esas lecciones colmaron el vacío que tenía en su interior, y no tardó en sentirse como en casa entre las paredes del museo. Lo único que echaba en falta eran sus padres, que estaban encerrados en la Casa del Remordimiento, recluidos por el Adalid, que era el líder de los tutores sagrados.

¿Y por qué los encarcelaron?

Goldie dobló la esquina que conducía al canal del Buque.

—Por mi culpa —susurró.

Hace diez meses, la fuga de un niño era considerada delito en Alhaja. El Adalid no logró capturar a Goldie, pero no le costó nada sacar a sus padres de su cama y llevarlos ante la corte de los Siete Benditos. Allí fueron juzgados y condenados por ser los padres de una delincuente.

«Fue culpa mía», pensó Goldie. «Todo lo que les pasó fue culpa mía».

Había llovido durante la noche, así que la vereda del canal del Buque estaba cubierta por un manto de barro

resbaladizo. Goldie se detuvo ante la casa de Flemo, inspiró hondo y lanzó una piedrecita hacia la ventana que se alzaba sobre su cabeza. Después volvió a esconderse entre las sombras y esperó.

Mintió cuando les dijo a sus padres que en el Museo de Coz no la necesitaban. Claro que la necesitaban, para que les ayudara a vigilar los peligrosos secretos que contenía entre sus muros.

Pero sus padres también la necesitaban, y Goldie no podía abandonarlos.

Agarró el broche de esmalte que llevaba prendido del cuello del blusón, el mismo que hace mucho tiempo perteneció a su tía Elogia. Pero el pajarillo azul con sus alas extendidas no le reportó consuelo alguno.

Su padre pensaba que solo había llegado un mensaje desde el Museo de Coz, pero se equivocaba. En los últimos meses, Goldie había recibido más de una docena, y en todos ellos le preguntaban cuándo iba a ocupar su puesto como quinta guardiana.

Hoy les daría la respuesta:

«Nunca».



Nada es lo que parece. Nadie dice la verdad. El festival de las mentiras se ha apoderado de la ciudad y enredará a Goldie con sus engaños. ¿Podrá rescatar a los niños robados antes de que sea demasiado tarde?

La esperada
continuación de
*El Museo de
los Ladrones.*

ISBN 978-84-698-3387-2



9 788469 833872

1578603

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com